

Epístola del vacío por José Rafael Pascual-Vilaplana

Estimado maestro:

Hoy hace quince años que nos dijo adiós. Era un jueves 7 de julio de 2005. Había madrugado buscando la frescura de la mañana para estudiar, y en las ocho sonaba mi teléfono. Era nuestra amiga y excelente pianista Marisa Blanes. "José, Amando nos ha dejado ...". En un principio no lo entendí, o más bien, el subconsciente buscaba encontrar una realidad foránea ante las palabras que me trasladaban un mensaje tan inesperado como nada deseado. El lunes anterior, habíamos hablado por teléfono para acordar la cita que teníamos en medio el Certamen de Valencia, con los amigos de la Banda Municipal de Santa Cruz de Tenerife. Me dijo que quería quedar bien con aquella gente que tanto nos cuidaran unos meses antes en un concierto memorable en el Teatro Guimerá de la capital de la isla. Aún recuerdo como si fuera ayer, cuando cogió del brazo al Alcalde de la ciudad y ambos hicieron escuadra a un rincón del escenario, mientras yo dirigía *El Somni*.

Cada día que pasa hay siempre un momento para recordarlo. Esta mañana, a el ensayo con la Banda Municipal de Barcelona, no he podido evitar recordar su música mientras encontraba paralelismos con dos obras del programa que estamos preparando. Por un lado, el *Chorale and Alleluia* (1954) de Howard Hanson, nos acerca a una relectura de los corales clásicos con las vestimentas estéticas de la década de los cincuenta del siglo XX. Comentaba a los compañeros, como de alrededores pueden estar tanto esta partitura y su *Aleluya* (1958), de la que decimos que es la primera marcha cristiana. En ambas hay una clara intención estética de mezclar elementos arcaicos con los ojos de la contemporaneidad. La liturgia y la destreza de las dos nos hacen evolucionar y nos pueden servir de alimento pedagógico para el futuro. Con partituras como estas, te das cuenta que la buena música la puerta y la transporta la propia evolución del ser humano. Después, el lenguaje litúrgico del *Poème du Feu* (1978) de la maestra francesa Ida Gotkovsky, nos evocaba recuerdos de los acuerdos y texturas de su *Concierto para banda* que disfrutaremos el pasado enero aunque mezclando los músicos de Barcelona con los de la Banda Municipal de Bilbao a dos conciertos inolvidables. Las *escalístiques* de Messiaen, la disciplina de Nadia Boulanger, han marcado el trabajo de usted y el de la maestra Gotkovsky, haciendo que, cuando nos acercamos a sus partituras, llegamos a ser niños maravillados ante un inmenso paisaje de arte que nos rodea de amor; aquel con el que han creado ambos sus pentagramas.

En dos semanas, también con la Banda Municipal de Barcelona, tendremos la suerte de rodar entre los espejos de colores de su preciosista *Caleidoscopio* (1995), una obra de la que nunca habíamos hablado y que voy descubrir, repentinamente, en Suiza, país que se lo encargó para el *Internationale Festliche Musiktage* de la ciudad de Uster. Cuando tuvo la partitura entre manos, respiré ambientes que ya conocía con obras como *Abracadabra* (1980) y disfruté de pulcritud, el detalle y la pureza de lenguaje que aprovecha la gama bandística desde una perspectiva muy cuidada y artesanal. Recuerde cuando lo estrenamos con la Orquesta de Vientos "Filarmonía" allá por 2014 y un músico me dijo: "No parece *Blanquer* ...". Y es que, maestro, necesitamos más de una vida para entender la grandiosidad de su arte, la inmensidad de su legado artístico y humano. Somos débiles y débiles, pero su música nos ayuda a crecer y evolucionar. Es casi como una terapia, aquella que siempre me contaba de la espiral, que vuelve atrás para pillar fuerza y seguir siempre hacia delante, generando un muelle que amortigua el dolor de la vida.

Y si, maestro, nos hace vacío. Hay una especie de agujero en el alma siempre que una persona estimada deja de compartir momentos con nosotros. Y aunque tenemos su música, sus libros, las fotografías o los vídeos que compartimos, egoístamente quisiéramos tenerlo aquí, para que nos dijera algo, con palabras, con música ... Todos los años, la noche de Año Nuevo, cuando entra el 1 de enero, en casa nos miramos y decimos: "Ahora estaría llamando hacernos Amando, ... ". Y es que tenía mucha gracia para endulzarnos la vida con momentos sencillos llenos de absoluta ternura. No sabe cuánto lo echamos de menos. Ya sé que no leerá esta epístola. Siempre me decía que le escribiera en valenciano, todo y que usted lo haría en castellano (igual me lo decía el añorado Carlos Palacio). No sé si es el paso del tiempo o la propia naturaleza vital la que te hace tener la necesidad de evocar a quien amas y ya no estar presente. Quizás es un tratamiento curativo para el dolor del alma, una especie de medicina casera que sirve de bálsamo ante la ausencia. El olvido es la verdadera muerte. Ni la olvidemos, ni podemos hacerlo.

La tierra le ha sido leve, pues no hay tierra que eclipse su figura ni su música.

Gracias por seguir estando y para continuar dándonos fuerza.

Por siempre, maestro

José R. Pascual-Vilaplana
Barcelona, 7 de julio de 2020